

PASIÓN DE LA MEMORIA Y OTRAS CERTIDUMBRES

Por Eugenio MARRÓN

Fijeza de la recordación como alfa y omega en el fiel del poema, a la vez que oficio de la fijeza como santo y seña en el tiempo del poeta –tiempo siempre ubicuo, fiel nunca permutable-; persistencia no como imposición de solicitudes, sino como eficacia de anudamiento, en la que instantes y sensaciones se deslindan en prontuario de querencias para compartir; confirmación con creces de que “*la poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono*” –tal como apunta Octavio Paz en ***El arco y la lira***-; son las coordenadas más auspiciosas en una ocasión que, desde la portada misma, advierte una epifanía que se sustenta en el más alto destino: ***Te adoro Kafka***, (*Pre-Textos, Valencia, España, 2006*).

Siete partes conforman el libro con que Adolfo García Ortega (Valladolid, 1958) se adentra en la fijeza ya advertida, la primera –largo y vigoroso texto que da título al volumen- como juego de espejos en el que Franz y su *alter ego* el señor K –el primero *desde la escritura fingida* y el segundo *desde lo escrito real*- se explayan en los entresijos de *la agonía en los sentimientos* que no cesan –Franz *en la rememoración* y el señor K *en lo rememorado*-, para entregar un poema de hondo calado en el que, a la manera de un *relato* dominado por *la visión reposada* y *la espiral vertiginosa* de los hechos entrelazadas en la raíz y su crecimiento, el poder evocador y la belleza verbal se explayan en dominios de augusta gravedad.

Como guía para viajar en busca del *paraíso* –que no del *tiempo*- perdido, la segunda parte, ***Zanzíbar***, se revela como suma de apuntes para un catálogo *geográfico* de emociones y homenajes –desde los mapas de la infancia, pasando por los aromas de Conrad y Verne, hasta arribar al amparo que ofrece el cuerpo amado-; y la tercera, ***Mitteleuropa*** –que junto con la primera comprende los más altos momentos de intensidad luminosa en el libro, como pueden ser ***El soldado que mató a Webern, Wittgenstein escribe a Trakl demasiado tarde*** y ***Brahms ama a Clara Schumann*** –, bien advierte lo eficaz

de una venturosa conexión entre referencia histórica, audacia imaginativa y entraña poética, en la que hay un despliegue *in crescendo* de emociones.

Meridiano de Greenwich, la cuarta parte, como indica su título, refiere, más que el desasosiego por alcanzar las horas, lo imperioso de su permanente huida; ***Besos y cadáveres (Baladas apócrifas de Kart Marx a sus hijos)***, la quinta, bien puede ser lo tiernamente jocoso de Marcel Schwob resucitado, quien tras leer ***La saga de los Marx***, de Juan Goytisolo, apostara por *otras vidas imaginarias* desde la poesía como fe de lectura; ***Pequeños poemas para leer en los aviones***, la sexta, es una suma de *divertimentos* entre *partir* y *llegar*, y ***Tres inviernos***, la séptima y última, suerte de dietario que se afirma en el despliegue de los sentidos como *instrucción del amor*, de modo especial ***Tríptico de Kislev*** a la manera de coda posible al ***Cantar de los Cantares***.

Vida *aprehendida* y vida *leída* se entrecruzan en este libro, acento de un poeta que tiene la casa de su palabra abierta a las voces del buen agüero. Amén de la dedicatoria ***a la memoria de Joseph Brodsky -Te adoro Kafka*** también es una *suma* en clave brodskyana, que puede recordar a ***Parte de la oración-***, de *exergos* nada gratuitos de Perec, Cernuda, Seferis y Rimbaud, el *lector avisado* percibirá *ecos de firme linaje poético* en la lengua española a lo largo de sus páginas: Baquero, Caballero Bonald, Hierro, Mutis... pueden ser nombres posibles en la ascendencia de García Ortega. Libro para diversas lecturas y convite para otras tantas seducciones, ***Te adoro Kafka*** es, principalmente, pasión de la memoria y otras certidumbres.